44

SÁTIRA GRACIOSA

DE

LA DAMA DE LOS QUINCE NOVIOS

en que se manifiestan los dengues y zalamerías que gastan las señoritas doncellas cuando ven que tienen muchos novios y se mueren por sus pedazos.

Una satirilla indiana
con gracia quiero cantar;
ella es buena, pero amarga,
porque dice la verdad;
verán, si la leen,
todas las quimeras
de las señoritas
doncellas solteras;
verán como a todas
con vanos antojos,
tras de los usías
se les van los ojos;

Ayuntamiento de Madrid

y verán las ansias
de muchos camuesos
que se vuelven locos;
mas ¡cuántos hay de esos!
En esta corte, una dama
bella y de garbo gentil,
en un día quince novios
la llegaron a pedir;
el padre y la madre
gozosos del caso,
se van de canilla
y alargan el paso;
sábelo la hija,
y la gran taimada,
les envía a todos
muy enhoramala.
El cuento es gracioso,
la chanza precisa;
atención, señores,
que el caso es de risa:
— Un médico, dice el padre,
por mujer quiere llevarte.
— Diga usted al matasanos
que recete en otra parte;
los médicos suelen,
sin comedimiento,
el pulso al bolsillo
tomar con gran tiento;
si ven que hay dinero
alargan la cura,
y al cabo nos zampan
a la sepultura;
tanta ciencia tienen
algunos menguados,
que por su ignorancia
mejor es dejarlos.
— Un herrero que es muy hábil
se muere por ti, bien mío.
—Padre, ¿sabe usted qué es esto?
Machacar en hierro frío;
yo con esta cara,
con este piquito,
con este donaire,
con este garbito,
¿de casarse había
(¡necios, mentecatos!)
con estos tiznones
que parecen diablos?
Ay, no, padre mío,
que esto no resuelle,
pues no nací yo
por tirar del fuelle.
— Un sastre de largas uñas
casarse gozoso espera.
— Como no sea conmigo
que corte por donde quiera;
los más son tramposos
sisones perdidos,
y de los recortes
van siempre vestidos;
sus pobres mujeres,
sin echar resuello,
cosen y trabajan
a remo y sin sueldo;
y los picarones
andan muy ufanos
en bailes y toros,
como son cristianos.
— Un zapatero de punto
te pretende con recato.
— Pues no encontrará conmigo
la horma de su zapato;
el domingo afanan
como unos atunes,
y en gracia de Dios
se engrescan los lunes;
de continuo mienten,
pero con cautelas;
si una verdad dicen
les duelen las muelas;
dan a sus mujeres
muy lindos reveses,
y el cuadro las miden
con los tirapieses.
— Hija, tras de tu palmito
anda también un tendero.

Ayuntamiento de Madrid

—¡Ay, padre, no echará él
garbanzos en mi puchero!;
cargan a los pobres
con mucha destreza,
y ellos en dos días
levantan cabeza;
sus mujeres gastan,
finas y arrogantes,
sortijas muy ricas,
cruces de brillantes;
pero sus maridos
andan imprudentes,
y a ellas las tratan
como a dependientes.
—Un petimetre barbero
te pretende por esposa.
—Dígale usted que a otra parte
vaya a pegar la ventosa;
no quiero casarme
con lobos carnívoros
que a todos los hombres
les desuellan vivos;
si alguno está malo,
porque se desangre
le chupan la bolsa
y sacan la sangre;
las vihuelas tocan
con manos bizarras,
y así salen ellos
muy buenos... guitarras.
—Un sacristán te idolatra,
que canta como un rosín,
de los muchos que en la corte
gastan chupa y corbatín.
—Raspando las velas
como unos herejes,
a los pobres santos
los dejan asperges;
si hay responsos campan
las mujeres suyas;
mas si no los hay
comen aleluyas;
de las vinajeras
chupan sus mercedes,
y unos lobos cogen
que ni los monteses.
— Un bodegonero gordo
pretende ser tu marido.
— ¡Ay que risa! ¿Pues en qué
bodegón hemos comido?
En todas sus ollas,
bien poco aseadas,
se ve mucho caldo
y pocas tajadas,
y a más, por especias,
cominos y ajos,
dentro de las ollas
andan estropajos;
y hay bodegoneros
que sin más bambollas,
por no gastar agua
se mean en las ollas.
— Un zurrador, hija mía,
a ser tu esposo se allana.
— ¡Ay, padre, no quiero esposo
que me zurre la badana!;
y así no se cansen
con novios tan llanos,
porque yo detesto
a los artesanos;
pues a muchos de ellos
los estoy yo viendo
siempre trabajando
y siempre pereciendo.
Un usía, padre,
es mi fantasía;
usía le quiero;
démele usted usía.
— Pues hija mía, un usía
también me ha llegado a hablar.
— ¡Ay padre, usía le quiero
aunque no tenga un real!;
todas sus mujeres,
con airoso esmero,
gastan mucha pompa
haya o no dinero;

Ayuntamiento de Madrid

no hay gozo en el mundo
como ver al marido
con traje de moda
y el vientre... vacío;
a su mujer dejan
divertirse en todo,
y ellos van contentos
a jugar al toro.
— Hija, pues ya que te empeñas,
llamaré al usía yo.
— Sí, padre del alma,
cuanto más pronto mejor.
Llamáronle al punto,
y dijo el usía:
— A los pies de usted,
madamita mía.
¿Cuándo pensé yo
tener tal esposa?
— ¡Ay, señor usía,
yo soy la dichosa!
— ¿Cuándo nos casamos,
señorita mía?
— Cuando usted gustare,
mi querido usía.
En fin, el usía pobre
se casó sin embarazos,
y a poco le entró la niña
en la hermandad de San Marcos;
los primeros días
hubo sin contiendas
funciones, saraos,
bromas y meriendas.
El maldito usía
gran vida se daba,
y a costa del dote
gastaba y triunfaba;
pero en breve tiempo
se acabó el socorro,
y los tiernos novios
andaban al morro.
— Maldita sea tu casta,
decía la niña triste,
si no puedes mantenerme,
¿por qué diablos me pediste?
— Oyes picarona
(responde el usía)
valga el diablo tu alma,
¿qué, no lo sabías?
Y pues ahora sales
con esa demanda,
aguárdate un poco,
verán lo que anda.
Sacúdela el polvo
con mucho salero,
y como un tomate
la pone el trasero.

FIN

MADRID. — Despacho: Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.), Arenal, 11.

Ayuntamiento de Madrid